NYARLATHOTEP

Nyarlathotep… el caos que se arrastra… Yo soy el último… Contare al oyente desocupado.
No recuerdo distintamente cuando empezó todo; pero fue hace meses. La tensión general era horrible. A una temporada de trastornos políticos y sociales se añadió una extraña y triste aprensión de un horrible peligro físico; un peligro extendido y que abarcaría todo, un peligro como solo puede ser imaginado en los mas terribles fantasmas de la noche. Recuerdo que las gentes iban y venían con rostros pálidos y preocupados, y susurraban advertencias y profecías que nadie se atrevía a repetir conscientemente o a reconocer en su fuero interno que habían oído. Una sensación monstruosa de culpa se dejaba sentir sobre el país, y en los abismos que hay entre las estrellas soplaban corrientes desapacibles que hacían que los hombres se estremecieran en los lugares oscuros y solitarios. Había una alteración demoníaca en la secuencia de las estaciones. El calor se prolongo durante el otoño de modo temible; y a todas las personas les parecía que el mundo, y quizás el universo, había pasado del control de los Dioses o fuerzas conocidas al de los Otros Dioses o fuerzas desconocidas.
Y fue entonces cuando Nyarlathotep salio de Egipto. Nadie sabia quien era; pero era de la vieja sangre nativa y tenia el aspecto de un faraón. Los fellahin se arrodillaban cuando lo veían, y sin embargo no sabían por que. El decía que había surgido de la oscuridad de veintisiete siglos, y que había oído mensajes de lugares que no estaban en este planeta. Nyarlathotep vino a los países civilizados, moreno, delgado y siniestro, siempre comprando extraños instrumentos de cristal y metal, y combinándolos para formar instrumentos aun mas extraños. Hablaba mucho de las ciencias: de electricidad y psicología, y hacia exhibiciones de poder con las que sus espectadores quedaban sin habla, pero que sin embargo aumentaron su fama hasta un grado sumo. Los hombres se aconsejaban unos a otros ir a ver a Nyarlathotep, y se estremecían. Y donde iba Nyarlathotep el descanso desaparecía, porque las horas de la madrugada eran desgarradas con los gritos de las pesadillas. Nunca antes los gritos de las pesadillas habían sido un problema publico semejante; y ahora los hombres sabios casi deseaban prohibir el sueño en la madrugada, para que los alaridos de las ciudades inquietaran menos horriblemente a la pálida y lastimera luna, que brillaba con luz tenue y vacilante sobre aguas verdosas que se deslizaban bajo puentes, y viejos campanarios que se derrumbaban contra un cielo enfermizo.
Yo recuerdo cuando Nyarlathotep vino a mi ciudad, la grande, la antigua, la terrible ciudad de los crímenes innumerables. Mi amigo ya me había hablado de el, y de la irresistible fascinación y encanto de sus revelaciones, y yo deseaba ardientemente explorar sus mas recónditos misterios. Mi amigo me dijo que eran horribles e impresionantes, mas allá de mis mas enfebrecidas imaginaciones; que habían sido proyectadas en una pantalla en la habitación a oscuras, cosas profetizadas que nadie, excepto Nyarlathotep, se había atrevido a profetizar; y que en el chisporroteo de sus chispas allí les habían quitado a los hombres lo que nunca les habían quitado antes y que solo se mostraban en sus ojos, y oí decir que en el extranjero se insinuaba que los que conocían a Nyarlathotep veían cosas que los otros no veían.

Fue en el calido otoño cuando yo pase una noche con las muchedumbres inquietas para ver a Nyarlathotep; toda una noche bochornosa, allá arriba de las interminables escaleras que llevaban a la sofocante habitación. Y con sus sombras proyectadas sobre una pantalla vi formas encapuchadas entre ruinas, y rostros amarillentos y malignos que atisbaban desde detrás de monumentos caídos. Y vi al mundo batallando contra la oscuridad; contra las oleadas de destrucción procedentes del espacio infinito; arremolinándose, agitándose, forcejeando en torno de un sol que se apagaba y enfriaba. Luego las chispas saltaron de forma asombrosa alrededor de las cabezas de los espectadores, y los cabellos se pusieron de punta, mientras que las sombras mas grotescas que yo pueda mencionar salieron y se posaron sobre las cabezas. Y cuando yo, que era más frío y científico que el resto, musite una protesta hablando de "impostura" y de "electricidad estática", Nyarlathotep nos echo a todos fuera, por aquellas escaleras vertiginosas, abajo hacia las húmedas, calidas y solitarias calles de la medianoche. Yo grite muy fuerte, diciendo que no tenía miedo, que nunca podría tener miedo, y otros gritaron conmigo para aliviarse. Nos juramos los unos a los otros que la ciudad era exactamente la misma, y que seguía viva; y cuando las luces eléctricas empezaron a ponerse mortecinas, maldijimos a la compañía una y otra vez, y nos reímos de las caras tan raras que poníamos.

Creo que sentí que algo descendía de la luna verdosa, porque cuando empezamos a depender de su luz, de modo involuntario formamos en cuadro y emprendimos una marcha, como si supiéramos nuestros destinos aunque no nos atreviésemos a pensar en ellos. En una ocasión miramos el pavimento y vimos que los adoquines estaban sueltos, desplazados por la hierba, con apenas algún riel de metal oxidado que mostrara por donde habían corrido los tranvías. Y de nuevo vimos un tranvía solitario, sin ventanas, estropeado, casi volcado. Cuando miramos en torno al horizonte, no pudimos ver la tercera torre que había junto al río, y observamos que la silueta de la segunda torre estaba destrozada en su parte superior. Luego nos dividimos en estrechas columnas, cada una de las cuales pareció dirigirse en diferente dirección. Una desapareció en una calleja solitaria hacia la izquierda, dejando solo el eco de un gemido ahogado. Otra bajo por una entrada del metro casi tapada por los hierbajos, aullando con una risotada de loco. Mi propia columna fue chupada hacia campo abierto, y entonces sentí un escalofrió que no era propio del calido otoño, porque cuando llegamos con paso furtivo al oscuro páramo vimos que nos rodeaba un infernal brillo lunar de nieves malignas. Nieves sin sendas, inexplicables, barridas a ambos lados en una sola dirección, donde había un torbellino de lo más negro a pesar de sus muros relucientes. La columna pareció muy fina, mientras camino pausada y penosamente, de modo soñoliento, hacia el torbellino. Yo me quede atrás, porque la negra grieta en la nieve iluminada de verde era horrible, y me pareció oír los ecos de un gemido inquietante conforme mis compañeros desaparecían; pero yo tenia poco poder para quedarme rezagado, y como si me hubieran llamado por señas los que se habían ido antes, medio flote entre los titánicos copos de nieve arrastrados por el viento, estremeciéndome asustado, hacia el invisible vortice de lo inimaginable.

Sensible a mis gritos, delirando torpemente, solo los Dioses que fueron podrían explicarlo. Una sombra enfermiza y sensitiva retorciéndose en manos que no eran manos, girando ciegamente y dejando atrás medianoches espectrales de creación podrida, cadáveres de mundos muertos con llagas que fueron ciudades, vientos sepulcrales que cepillaban las pálidas estrellas y las hacían parpa-

dear muy bajas. Mas allá de los mundos, vagos fantasmas de cosas monstruosas; columnas medio entrevistas de templos no santificados que descansan en rocas sin nombre bajo el espacio, y que alcanzan hasta los vertiginosos vacíos que hay por encima de las esferas de luz y oscuridad. Y a través de este repugnante cementerio del universo, un ahogado y enloquecedor batir de tambores, y el fino y monótono gemido de flautas blasfemas desde las inconcebibles y oscuras cámaras que hay mas allá del tiempo; el detestable golpeteo y los silbidos aflautados allá donde danzan, lenta y torpemente, de modo absurdo, los gigantescos y tenebrosos Otros Dioses, las ciegas, mudas y estupidas gárgolas cuya alma es Nyarlathotep.